

Castillo de la Mota
fortificaciónes rupestres

Federico Bordejé Gane



BOLETIN

DE LA

REAL SOCIEDAD VASCONGADA
DE AMIGOS DEL PAIS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Guipúzcoa)

Año VIII — Cuaderno 2.º



Redacción y Administración: Museo de San Telmo

SAN SEBASTIAN

1952

ESCELICER, S. L.
SAN SEBASTIAN

A1081

A 7 30

R. S. B. A.

El Castillo de la Mota de San Sebastián y fortificaciones guipuzcoanas

Por FEDERICO BORDEJÉ GARCÉS

En 1917, con motivo de la próxima cesión del Castillo al Ayuntamiento de San Sebastián, comenzamos una campaña en la prensa de dicha Ciudad para salvarlo de la demolición que se pretendía. En esa campaña fuimos ayudados por don José María Salaverria y Azorín, con unos artículos publicados en "A.B.C.", y por algunas personalidades donostiarres, entre las que se destacaban el Sr. Marqués de Seoane, Presidente de la Comisión Provincial de Monumentos, y don Pedro Manuel de Soraluze, Director del Museo Municipal.

Nuestra campaña comprendía asimismo al Monasterio o Convento de San Telmo, convertido hasta entonces en Parque de Artillería y realmente desconocido para los habitantes de San Sebastián. Fuimos los primeros en dar a conocer su claustro y otras dependencias, proponiendo su restauración, más tarde efectuada, y la instalación del Museo, cuya residencia en el edificio de la Escuela de Artes y Oficios era ya por entonces muy insuficiente.

En el Castillo, proponíamos igualmente la creación de otro Museo que recogiera los recuerdos históricos de Guipúzcoa. La reciente Exposición del Centenario del Sitio de 1813 había demostrado el noble y valioso conjunto que podía reunirse y las colecciones que de aquélla se habían conservado, se hallaban entonces albergadas en un sencillo y pobre edificio, provisionalmente construido para ello en la Zurriola. Ningún otro monumento podía disputar a la Mota el derecho a guardar entre sus muros las reliquias y testimonios de las glorias militares, navales y otras de la provincia, y ningún otro lugar se prestaba mejor a la instalación de semejante Museo, que hubiera sido único en España y muy poco repetido en Europa, ya que, restaurando levemente sus diversas obras y baterías, armándolas de piezas o cañones antiguos, no difíciles de hallar, y aprovechando los edificios del Macho, con el antiguo cuartel y los diversos pabellones esparcidos por el monte, San Sebastián hubiera contado con un Museo

completo de la Fortificación, desde el siglo XV hasta nuestros días, que no hubiera tenido rival. Esta idea o, mejor, este Museo, puede formarse todavía porque, pese al abandono y a las depredaciones sufridas, el Castillo sigue casi intacto en sus principales elementos y las obras de su reconstrucción serían relativamente de poco coste ante la importancia que su realización supondría para la Ciudad.

Nuestra campaña fué, en general, bien acogida, salvo por algunos elementos que pretendían instalar en el Castillo o, por mejor decir, en el Monte Urgull, otra clase muy diferente de recreos, a cuyo efecto se habían trazado proyectos que muchos todavía recordarán. Por esta razón y apenas dicho Ayuntamiento tomó posesión del Castillo, se comenzó una obra de destrucción que la falta de recursos y, más aún, la declaración de Monumento Nacional en 1925, a la que contribuimos en parte, afortunadamente cortaron. El antiguo Cuartel fué volado. Se destejaron y desfondaron la Capilla del Santo Cristo y los pabellones contiguos de la Puerta Real y del Macho, que quedaron completamente al aire. Finalmente, se arrasaron las barbetas y parapetos de las baterías de las Damas, del Gobernador y de la Reina, para convertirlas en simples miradores y todas las obras restantes fueron torpemente abandonadas.

Como detalle singular de ese abandono haremos constar la desaparición de algunas lápidas, como la de Latasa, Gobernador del Castillo, colocada en el lugar donde murió, y la de la poética tumba de don Pedro José de Berasaluce y Elorza, muerto en 1866, situada al pie de una gran peña y sombreada por un árbol que le proporcionaba la mayor belleza. Dicha lápida se hallaba encuadrada también por su blasón, lo que no impidió que al restaurar el Cementerio de los Oficiales ingleses, se colocara en dicha tumba otra lápida dedicada "a los muertos que sólo Dios conoce", a pesar de lo bien que conocemos al personaje allí enterrado. Otra lápida expuesta a desaparecer fué la del Vía-Crucis de Faurinas, bella pieza de mármol, ya desclavada para llevársela. Por verdadera casualidad, pudimos advertirlo a tiempo y evitar su pérdida, aunque como consecuencia de tales manejos la hermosa piedra aún intacta fué rota en varios pedazos, según aparece ahora. Actualmente nos preocupa el hecho de que en las dos últimas visitas hechas al Castillo, luego de largos años de ausencia, no pudimos hallar en el referido Cementerio la otra lápida consagrada al recuerdo del célebre coronel inglés Ricardo Fletcher, muerto en el asalto de San Sebastián y destacado autor de las famosas líneas fortificadas de Torres-Vedras, que contuvieron los avances napoleónicos en la Península, lo que le dió un merecido renombre en la historia militar. Su lápida de mármol estaba incrustada en una gran peña y a bastante altura, lo que dificultaba el

arrancarla. Como dichas visitas fueron muy rápidas, suponemos que no la advertimos o, mejor, que pueda hallarse cubierta por la hiedra que ha invadido con exceso dicho recinto. Sería necesario, en todo caso, descubrirla e, incluso, reponerla, porque Fletcher es un personaje de gran importancia histórica y en Inglaterra se recuerda frecuentemente ese lugar del Castillo de la Mota principalmente por él.

El saqueo de nuestra casa de Madrid en 1936 nos privó de la documentación acumulada desde tantos años y con ella desaparecieron una serie de notas, dibujos y acuarelas del Castillo y de otras fortificaciones antiguas de los alrededores de San Sebastián, como Oriamendi, Mendizorrotz, Ametzagaña, Hernani, Pasajes, Fuenterrabía, etc., que durante nuestra residencia allí y, luego, en el tiempo en que en la Mota cumplíamos nuestro servicio militar, nos dedicamos a componer y anotar. Algunos de aquellos dibujos representaban detalles ya desaparecidos para siempre, por haber sido borrados después por el tiempo o por la ruina. Desde entonces, alejados de San Sebastián y del Castillo y ocupados por nuestros viajes y otros trabajos de investigación, desgraciadamente destrozados cuando iban a producir su largo y paciente fruto, ignorábamos la situación de la Mota hasta que hace dos años y con motivo de la erección del Monumento al Sagrado Corazón en el Macho y de otros proyectos al parecer existentes sobre la Fortaleza, unos amigos donostiarras solicitaron nuestra intervención. De ahí provienen los actuales trabajos que estamos realizando, cuyos resultados sorprenderán seguramente a todos los habitantes, no solamente de San Sebastián, sino acaso de la Provincia entera.

Queremos hacer presente, ante todo, la ayuda, el aliento y la solicitud que desde el primer momento nos han proporcionado nuestro querido y respetado jefe, el Sr. Marqués de Aycinena, Presidente de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, y don Fausto Arocena, Director del Archivo y de la Biblioteca Provinciales, a quien debemos además atinadas observaciones y referencias sobre algunos puntos concernientes al tema. Sin la cordial acogida encontrada en estos beneméritos varones la obra no hubiera logrado acaso el desarrollo con que hoy cuenta.

Nuestra intención, en principio, era la de dirigirnos exclusivamente a hacer la historia y el estudio del Castillo de la Mota y, a lo más, de las murallas de San Sebastián, esto es, la historia militar de la Ciudad. Pero, ante la magnitud de las fuentes documentales descubiertas y pese al enorme trabajo que, como se verá, ello representa, nos hemos decidido a ampliar la obra con el estudio de las otras Plazas fuertes de Guipúzcoa, como son Fuenterrabía, Pasajes y Guetaria y de otras Villas, cual Hernani y Rentería. Todo ello forma

además en la biblioteca de Pasajes, don Fausto Arocena

un sólido conjunto que gira alrededor del Castillo de la Mota, base y pivote central de todo ese sistema fortificado.

El Castillo de la Mota, tal como se halla hoy, es un monumento de gran valor, como ejemplar o, si se quiere, verdadero museo de la fortificación, desde el periodo medieval hasta el siglo XIX. Su nombre mismo de Mota revela ya a una fortaleza del siglo XII aunque por varias consideraciones que en su lugar expondremos, pudiera remontarse todavía a tiempos muy anteriores. El Macho, cuyo nombre es asimismo muy significativo y de origen medieval, posee una serie de problemas difíciles de resolver, a comenzar por el del emplazamiento y la original estructura de su amplio cubo o torreón y de otra clase de restos y elementos extraños que posee. No obstante, tal como se halla en la actualidad, el Macho enseña claramente un modelo de la fortificación de transición, seguramente reconstruido a finales del siglo XV, cuando la reparación o renovación del recinto de la Ciudad por los Reyes Católicos y reformado después a principios del siglo XVI. A partir de allí, el Castillo irá reuniendo una serie de obras o modelos de los diversos periodos, en su mayoría felizmente conservados, que hacen del Monte Urgull, insistimos, un monumento militar casi único, fácil de restablecer.

En cuanto a las murallas de San Sebastián, diremos que el estudio de los documentos nos ha proporcionado revelaciones realmente insospechadas. San Sebastián debe cuanto actualmente es al Castillo, engendrador de su desarrollo como Plaza fuerte. Poseedora de un importante recinto medieval, del que todavía quedan vestigios, verá aplicar después en sus murallas todas las innovaciones del Arte de fortificar, hasta el punto de ser, seguramente, la primera Ciudad española que poseyó un sistema de la nueva fortificación abaluartada. Dicho sistema, empezado a construir en 1524 por el Prior de Barleta, Ingeniero del Emperador, sobre los muros de otro cerco levantado en 1516 por Pedro Navarro y Diego de Vera, fué tan importante que su conocimiento plantea la revisión de algunos extremos esenciales de la historia de la fortificación, ya que casi todos los tratadistas de ésta —Zastrow, Rocchi, Mandar, Villenoisy, etc.— atribuyen, por ejemplo, la invención y aplicación de las casamatas y contramirinas, con otras defensas activas de los flancos y cortinas, a Durero en 1535 y, más aún, a otros ingenieros como Speckle en 1575, cuando el famoso Cubo Imperial, que fué una obra capital, las poseía muchos años antes. Lo mismo sucede con el hornabeque, planeado en 1592 por el Comendador Espanoqui, Ingeniero Mayor de Felipe II, asimismo atribuido a los holandeses, y con su media-luna, cuya invención se concede al Conde de Pagan, antecesor y maestro de Vauban. Cuando esas obras comenzaban su camino por Europa, San Sebastián llevaba

tiempo en poseerlas y solamente nuestro abandono y descuido en todo lo referente a la historia del Arte militar han dado lugar a esos olvidos y calificaciones que los documentos se encargan de desmentir y rectificar.

A partir del siglo XVI, la ascensión militar de San Sebastián como Plaza fuerte, con sus derivaciones políticas y otras a las que debe su actual situación, se realiza, podríamos decir, a expensas de Fuenterrabía, que desde el famoso sitio de 1638 desciende visiblemente por su manifiesta incapacidad, debida a su emplazamiento, para defender el paso de la frontera. Irún y San Sebastián ascenderán rápidamente a costa de esa vieja Ciudad, cuyo abandono había sido ya propuesto por el Duque de Alba en tiempos de Felipe II. En una consulta del Consejo de Guerra, celebrada en 1640, el Marqués de Castro-Fuerte proponía arrasarla y transplantarla a otro lugar más adecuado y solamente el prestigio de sus piedras gloriosas, defendidas por el Conde-Duque, salvaron a Fuenterrabía.

Otro tanto sucedió con Rentería, cuyos habitantes solicitaron en masa, hacia el mismo tiempo, el abandono de la Villa antigua para trasladarse a "La Nueva Rentería", que habría de situarse sobre el alto y las vertientes de los Capuchinos, con acceso directo a la bahía de Pasajes, que era lo que principalmente buscaban. Los encuentros, disputas y pleitos de Rentería con San Sebastián, monopolizadora de dicho puerto, son muy curiosos, y en ellos sobresale la figura del Licenciado Miguel de Alduncin, verdaderamente notable.

Pasajes y Guetaria tienen asimismo otra curiosa historia militar, atestiguada, como las anteriores, en planos y documentos. Hemos hallado el plano original del Fuerte de Santa Isabel de Pasajes, cuya primera piedra se colocó el 21 de abril de 1621. Este Castillo tiene la historia constructiva más extraña del mundo, pues luego de innumerables proyectos, discusiones, plantas e informes, en 1847 no había sido aún acabado ni lo fué nunca. De Guetaria poseemos la planta de su recinto medieval, aun subsistente en 1597 en que, después de un incendio casi total del que no se salvó apenas más que la iglesia, el citado Comendador Espanoqui planeó su reconstrucción, a la que siguieron igualmente multitud de planos y de proyectos hasta 1848. El mismo Ingeniero con otros estudia de orden del Rey la posibilidad de hacer navegable la barra y la ría de Orio para que las naves de cierto tonelaje puedan subir hasta Tolosa, a la que se intentaba dotar de un puerto. Con este objeto, se advierten los rendimientos económicos, comerciales e industriales a que dicha obra podría dar lugar, en relación con las posibilidades de igual orden de los pueblos a los que serviría. Finalmente, para Hernani hemos encontrado una traza de recinto abaluartado, proyectado por el célebre Ingeniero y

Jesuita, el Padre Francisco de Isasi, del que hemos copiado también varias plantas e informes sobre Fuenterrabía, a la que defendió en 1638. Todos estos planos, informes, cunsultas, cartas, etc., ponen de manifiesto la importancia del sistema fortificado de esa parte de la frontera, cuya base fué, como decíamos, a partir del siglo XVI, la Plaza fuerte de San Sebastián.

Esa importancia militar subió a tanto que, con gran sorpresa nuestra, nos hemos encontrado con el hecho de que en el conjunto de los 6.281 documentos de los siglos XVI y XVII, procedentes del Archivo de Simancas y existentes en el Servicio Histórico Militar, que forman 58 gruesos tomos, con cerca de 20.000 folios y 360 planos, Guipúzcoa y concretamente San Sebastián y Fuenterrabía comprenden una documentación mucho más copiosa que ninguna otra Plaza peninsular, incluyendo a Pamplona y a todo el Reino de Navarra, y salvo Gibraltar, Cádiz y acaso Perpiñán, no hay ningún otro lugar que las sobrepase. De esos tomos hemos copiado o extractado cerca de un millar de documentos y calcado 27 planos, que son los más importantes. En unos y otros, casi todos inéditos, puede seguirse la marcha de San Sebastián, tanto en su aspecto militar como en multitud de episodios y caracteres de su vida local. Dichos documentos figurarán en los Apéndices, tanto porque pueden dar lugar a otra clase de investigaciones como porque, siguiendo las normas del gran Maestro de la Arqueología francesa, Mr. Camille Jullian, que afirmaba la necesidad de aprovechar cuantas ocasiones se presentaran para publicar y divulgar los fondos de estos vastos "cementerios de la Historia" que son los grandes Archivos, expuestos a desaparecer, entendemos es necesario dar a luz semejante ejecutoria que de otro modo quedaría, como hasta aquí, totalmente desapercibida. Como se comprueba en este caso y lo saben todos los serios investigadores, la historia general, regional, local y hasta la individual están absolutamente inéditas y la posible desaparición de tales documentos ocultaría para siempre los verdaderos sucesos del pasado.

De los siglos XVIII y XIX hasta 1875, llevamos también estudiados y anotados otros 330 planos inéditos, procedentes de los fondos del antiguo Depósito Topográfico del Cuerpo de Ingenieros y referentes exclusivamente a Guipúzcoa, principalmente a San Sebastián. De ellos, hemos calcado 45, entre los que figuran planos de San Sebastián y de la Mota, de Fuenterrabía y de su Casa-Fuerte o Palacio, de Pasajes con los Fuertes de Santa Isabel y de Lord John Hay, de Guetaria y de algunos de los 36 fuertes que en 1847 formaban el campo atrincherado de San Sebastián, desde Irún y Oyarzun hasta Hernani y Tolosa. Todos los demás planos serán descritos en sus características y pormenores para su debido conocimiento. Entre los

Fuertes de Irún, mencionaremos los del Parque, Mendivil, Evans, Conrad y Portu, sin contar la posición de San Marcial y el reducto de Behovia sobre las ruinas de Gasteluzar. Hernani poseía los de Santa Bárbara o Luchana, Daoiz, O'Donnell, Tolosa, la Casa-Fuerte de los Arcos y los reductos de Aramburu, Yarzagaña e Iribarren. En cuanto a San Sebastián se rodeaba de los de la Farola o de Igueldo, el del Molino, la Reina, San Martín, Puya, Lugariz, la Cachola, Cristina, Rodil, Jauregui, la Casa Fuerte de Aguirre, Ametza y Ametzagaña. Todos estos fuertes se hallaban apoyados por otro sistema de obras y comunicaciones secundarias y esta vasta red defensiva venía a radicar en el Castillo de la Mota que en los planos aparece como el índice superior sobre el que se regulan las orientaciones y distancias.

Uno de los planos más curiosos, compuesto de 4 hojas, es un proyecto del año 1848, elaborado en la Escuela Superior de Oficiales de San Petersburgo, para la reforma de las fortificaciones de San Sebastián. Parece ser un ejercicio de Escuela, firmado por algún instructor alemán llamado Bécker y debió ser regalado por un alto personaje ruso a algún visitante español, posiblemente el gran Ingeniero Mayor Zarco del Valle que recorrió por entonces las fortificaciones extranjeras. Los títulos y leyendas están en ruso aunque después y por una mano extraña, fueron traducidos al francés. Son planos primorosos, hechos a todo color, que enseñan además y es uno de sus rasgos más notables, la total refundición de las defensas de San Sebastián para aplicar un nuevo trazado del sistema de Montalembert, entonces muy en boga en Alemania y otros países, alzados contra las viejas y decadentes doctrinas de la Escuela abaluartada. Dichos planos contienen detalles muy notables aunque a veces muy desproporcionados, como lo muestra el gran reducto planeado para la Isla de Santa Clara, con unas dobles baterías acasamatadas de tal extensión que no cabrían en la Isla, a la que habría por otra parte que arrasar y nivelar. También nos proponemos publicar en los Apéndices la relación completa de esta importante cartografía, descrita con el mayor cuidado en cada una de sus partes, así como la otra relación de los documentos a que dichos planos se refieren, los cuales comprenden 209 signaturas que estamos ahora estudiando.

Otra de las muchas revelaciones y sorpresas ha sido la referente a las industrias armeras de Guipúzcoa. Asombra su importancia, de tal modo que parece increíble que en los siglos XV y XVI, las fábricas de Placencia, Eibar, Tolosa, Mondragón y el mismo San Sebastián alcanzaran semejante capacidad. Entre los diversos ejemplos, podemos señalar el hecho de que en 1543 se contrataba con un solo

armero de Eibar la construcción de 15.000 arcabuces, con todas sus piezas y guarniciones, más 20.000 picas y una gran cantidad de morterones. En 1640, se producían en un solo año en Guipúzcoa y señaladamente en Placencia, 8.000 arcabuces, 5.000 mosquetes, 1.000 carabinas, 2.000 pistolas, 10.000 picas, 2.000 chuzos, 2.000 espadas, 10.000 palas de hierro, 10.000 azadones, 5.000 picos de zapador, 6.000 hachas y hachetas y 3.000 machetes. Su importe ascendía a 972.176 reales y todas las dichas armas y útiles eran acabadas en todas sus partes y luego probadas. En un informe del Marqués de Távara de 1643, se calculaba que las solas fábricas de Placencia podrían fabricar por año 48.000 armas de fuego, de ellas 21.000 mosquetes, otros tantos arcabuces y 6.000 pistolas y carabinas. Y admira el cuidado y perfección puestos en los contratos y el esmero con que dichas armas eran fabricadas, hasta el punto de que los Ejércitos de Cataluña y de Flandes preferían las armas guipuzcoanas a las de Italia y Alemania, cuyas muestras enviaban para su comparación y contraste.

Respecto a la Artillería, advertiremos que en 1557, por invención del gran artillero Garci Carreño, nació en la Mota de San Sebastián la moderna artillería de montaña o "de lomo", esto es, las piezas desmontadas. Casi al mismo tiempo, el Licenciado Ercilla enviaba a la Corte un nuevo cañón, por él imaginado, que era "labrado a martillo" y estos inventos se reproducen con bastante frecuencia, como aquel montaje especial, presentado en 1597 por un herrero donostiarra, Jerónimo de Celandia. San Sebastián alcanzará el privilegio de ser señalado, con Barcelona y Cádiz, para la creación de una Escuela de Artillería, cuya organización poseía detalles muy interesantes y por unas u otras razones, será objeto de una continua atención por parte de los Consejos de la Corte.

Semejantes descubrimientos nos decidieron a ampliar nuestra investigación a tales extremos, aun a costa de prolongar excesivamente nuestro trabajo. Así, todos los documentos referentes al armamento e industrias militares, con los incidentes a que muchas veces dieron lugar, como los del traslado a Tolosa de la afamada fábrica de espadería de Eugui, serán igualmente publicados en los referidos Apéndices, en los que expondremos, por último, los escritos y referencias concernientes a los Ingenieros militares que trabajaron en Guipúzcoa, que fueron los más notables habidos desde el reinado de Carlos V hasta el de Fernando VI. Entre ellos sobresalen Pedro Navarro, Diego de Vera, Martínengo, Pizaño, Calvi, el Fratin con su hermano Francisco y su sobrino, Espanoqui, Jerónimo de Soto, padre e hijo, Los Padres Jesuitas Ysasi y Ricardo, Marco Antonio Gandolfo, don Juan Manso de Zúñiga, Rinaldi, Cepeda, Hércules Torrelli y su acerbo crítico don Luis de Liñán, don Diego Luis de Arias, don Felipe

Crame, don Juan de Subreville y don Juan Martín Cermeño. De la mayor parte de estos ilustres Ingenieros hemos podido reconstruir, merced a los documentos, la trayectoria de su vida, desde la iniciación de sus servicios hasta su muerte, por cierto, casi siempre desastrosa, pese a los importantes cargos que ocuparon.

Hemos de confesar también aquí y deseamos hacerlo resaltar con todo el relieve que merece, que esta importante aunque agobiadora labor, que dura ya desde hace 19 meses, no hubiera podido ser llevada a cabo sin la acogida y protección que nos ha sido dispensada por nuestro antiguo Jefe y muy respetado y querido General don José Ungria, siempre dispuesto a amparar y facilitar nuestros modestos estudios y por los ilustres y también muy respetados Coroneles don José Vidal Colmena y don Joaquín Martínez Frieria, Directores del Servicio Histórico Militar y de la Biblioteca Central del Ejército respectivamente. A estos bondadosos y eminentes Jefes, verdaderas cabezas de la ciencia histórica militar, así como a los Capitanes señor Marqués de Moscoso y don Sebastián Díaz Rebollo, debemos toda nuestra gratitud, por sus extremadas atenciones y por las facilidades dadas a nuestros pesados trabajos, sin las cuales, repetimos, esta Historia militar de San Sebastián no hubiera podido producirse. Otra mención de nuestra gratitud ha de hacerse para los bibliotecarios de la Real Academia de la Historia, señaladamente para don Germán García Muñoz, igualmente bondadoso y solícito en cuanto hemos necesitado.

La obra se divide en tres partes: la primera concierne a la historia de "San Sebastián como Plaza fuerte", subdividida en 5 capítulos que estudian los orígenes de la Ciudad, desde la antigüedad hasta 1865 en que desaparecen sus murallas. La 2.ª parte se refiere al "Sistema fortificado de la Provincia de Guipúzcoa", con "Las Plazas Auxiliares" de Fuenterrabía, Pasajes, Guetaria, Hernani y algunos otros lugares. Aquí se incluye lo concerniente a la artillería, armamento, inventos e industrias militares. Finalmente, la 3.ª parte está dedicada exclusivamente al Castillo de la Mota, desde sus lejanos orígenes al estado actual, con las ideas posibles sobre su restauración y el destino que puede y debe dársele.

En los Apéndices figuran unos 900 documentos, copiados o extractados, de los siglos XVI y XVII, existentes en el Servicio Histórico Militar, procedentes del Archivo de Simancas, así como la Relación de los documentos del antiguo Depósito y Biblioteca del Cuerpo de Ingenieros que, como dijimos, suman 209 signaturas y la de los planos de igual procedencia, revisados y descritos, que alcanzan la cifra de 330 hojas aunque algunos estén repetidos o duplicados. La parte gráfica llevará 23 planos o dibujos de San Sebastián, 41 de las Plazas y Fuertes Auxiliares en 27 láminas y 15 especiales del Castillo, en

los que se incluyen vistas y perspectivas inéditas y originales. En total, se reúne un conjunto de 79 plantas, perspectivas, alzadas y secciones, escogidas como las más importantes. A esto han de añadirse 5 dibujos, con las reconstrucciones del Cubo Imperial y de la puerta principal del Macho, con su puente levadizo y otros detalles. En el texto se introducirán las fotografías que se consideren necesarias.

Con toda la sencillez y modestia que nos corresponde, pero sin temor a que nadie pueda contradecirnos, podemos asegurar que una vez publicada esta obra, San Sebastián y las referidas Villas y lugares contarán con una historia militar, única en España y tampoco igualada en el extranjero. El solo mérito se debe a las facilidades y alientos otorgados por esos eminentes y generosos varones que nombramos y a la cantidad de documentación inédita descubierta en los Archivos mencionados.

Más tarde, contando siempre con la misericordia de Dios y ultimados nuestros trabajos ahora, de momento, suspendidos para rehacer la Historia de la Arquitectura militar española, que también nos fué arrebatada, podremos dedicarnos de nuevo, si Dios nos da aún fuerzas, a abordar algún otro tema militar de las regiones vascas, como es el referente a las Torres y Casas-Fuertes y al sistema de sus defensas, casi siempre a base de los arcaicos cadalsos. Dichas Torres, cuna de la Arquitectura militar del Norte cantábrico hasta el Duero, poseen una mayor antigüedad de la que se les concede y una significación política y hasta jurídica de la que nadie se ha dado cuenta, empeñados siempre en verlas como índices o exponentes de los linajes y banderías de los bajos siglos medioevales. El defecto capital y permanente de todos los estudios hechos en España sobre los antiguos monumentos militares radica, tanto en verlos siempre a través de las únicas fuentes documentales, sin atender a sus caracteres y modalidades constructivas que los remontan casi siempre mucho más lejos, como en apreciarlos asimismo con lentes y espejismos de los monumentos de fuera, con los que en todos los órdenes apenas tienen afinidades. La historia de la fortificación española está aún por escribir, no obstante su capital importancia. Nuestra Arquitectura militar, directa heredera en Europa de la fortificación clásica y bizantina, alcanza tal relieve en sus elementos y técnica constructiva que, a su lado, ninguna otra de la Europa occidental puede, no ya superarla, sino igualarla en cuanto a su antigüedad, fidelidad al arte clásico y proporciones. España posee aún elementos apenas conocidos fuera de ella, cuyo origen hay que ir a buscarlo en los viejos monumentos conservados en Oriente, entre las rayas o "límites" que un día delimitaron los dominios de Roma y de Bizancio.

Un castillo español reúne una personalidad, no solamente defensiva y militar, sino política y jurídica, que no tienen sus similares, aunque éstos, mucho más tardíos y de caracteres plenamente opuestos, les superen después en ostentación, aparato exterior y en lujos de construcción. El viejo Castillo español fué ante todo y exclusivamente un Castillo "nacional", jamás sometido, salvo en muy contadas y pasajeras excepciones, a otro Poder que no fuera el servicio de la colectividad. De allí arranca una larga concepción defensiva que repercutirá en la fortificación de transición y, más tarde, hasta en la abaluartada. Pero todo ello está aún por descubrir porque el abandono de esta interesante materia ha sido tal que difícilmente podrán ya vencerse muchos prejuicios y atribuciones, sólidamente establecidas, las cuales, como el caso de San Sebastián lo demuestra, habría que rectificar.

A pesar de sus depredaciones y de sus ruinas, más aparentes que reales, el Castillo de la Mota de San Sebastián es un venerable monumento, digno del mayor de los respetos. La Ciudad le debe cuanto es. Pero podría deberle mucho más si, restaurando sus partes esenciales, todavía en pie y cobijando entre sus muros los recuerdos y reliquias de las viejas glorias marineras y militares de Guipúzcoa, a lo que tiene pleno derecho, se constituyera allí, según todavía puede hacerse, un completo Museo de la fortificación que, como ya hemos dicho, sería único en España y tan importante, por lo menos, como los mejores monumentos de esta clase conservados en el extranjero.

Madrid, julio, 1952.

